10966

TEATRO MORAL

TRES ERAN TRES...

JUGUETE GRACIOSÍSIMO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ CARMENA SANTOS

Segundo premio del certamen abierto por esta Galería

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
BRUNO DEL AMO
EDITOR
TOLEDO, 72

BARCELONA
LIBRERÍA SALESIANA
SARRIÁ

20

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/treserantresjugu00carm

TEATRO MORAL

TRES ERAN TRES...

ES PROPIEDAD

Imp. de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32 dupd.°

TEATRO MORAL

TRES ERAN TRES...

JUGUETE GRACIOSÍSIMO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ CARMENA SANTOS

Segundo premio del certamen abierto por esta Galería

SEGUNDA E

MADRID
BRUNO DEL AMO
EDITOR
TOLEDO, 72

BARCELONA
LIBRERÍA SALESIANA
SARRIÁ

PERSONAJES

DOÑA ROBUS, madre de
MARCELA, de
LUISA y de
FELICITAS
TÍA RAMONA
DOÑA ISABELITA
CRIADA

ÉPOCA ACTUAL

LA ACCIÓN SE DESARROLLA EN MADRID

ACTO ÚNICO

Sala modesta y limpia. Puerta al foro y dos laterales derecha. A la izquierda, ventana o balcón (mejor esto último).

ESCENA PRIMERA

Doña Robus y doña Isabelita. Esta estará haciendo labor de ganchillo y aquélla leyendo la *La Correspondencia de España*, sentadas.

D.ª Rob. (*Dando vueltas al periódico.*) Pues señor... No encuentro los «sucesos» por ninguna parte.

D.ª Isab. No habrá ocurrido nada de particular.

D.ª Rob. En Madrid ocurre siempre algo. ¡Bueno es este pueblo! Y cuando no ocurre, los periódicos lo inventan. Aquí están. (*Lee.*) «Sucesos».—«Por beber leche adulterada.» ¡Ay, doña Isabelita, vamos a ver! Todo esto de los «sucesos» me gusta leerlo antes que nada. A lo mejor una se encuentra con unas tragedias familiares... Figúrese usted

608815

que el otro día... ¿qué día? ¡Ah, sí!... el sábado, decía: «Mata a dos de dos tiros y se arroja después al río.»

D.ª ISAB. ¡Uy, qué horror, Dios mío!

D.ª ROB. ¿Y sabe usted lo que fué?

D.ª ISAB. No me diga nada, doña Robus, que ya se me ha puesto la carne de gallina.

D.ª ROB. Pues era un cazador que de dos tiros mató dos perdices y luego se arrojó al agua porque le perseguía la Guardia civil. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

D.ª ISAB. ¡Qué gracia! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

D.ª ROB. Vamos a ver lo de la leche adulterada. (*Lee.*) «Los microbios.—En la calle del Agua, número 4, portería, se produjo la intoxicación de toda la familia de un honrado guardia retirado, por beber leche en pésimas condiciones de salubridad. Llamamos la atención de las autoridades para que vigilen los alimentos y bebidas, que, generalmente, suelen ser almacenes de... *microcosmos* destructores.» Pero diga usted, doña Isabelita: ¿usted cree en estas cosas de los *nicodemus?*

D.ª ISAB. *Microcosmos,* querrá usted decir.

D.ª ROB. Sí, eso. ¿Usted cree?

D.ª ISAB. Ay, sí, doña Robus. Ya ve usted mi marido. Antes se dejaba el bigote, y con tan feliz compañía vivía tranquilamente; pero ahora, desde que han descubierto los docto-

res esos bichos con costumbres tan poco convenientes como anidar en el bigote y celebrar en él sociedades y demás, se lo ha quitado inmediatamente. Claro que su cara ha quedado como un queso de bola; pero, cuando menos, duerme sosegado. Allí tiene usted el agua... Si nosotras nos enterásemos de esas cosas que dicen los sabios, no la beberíamos.

D.ª ROB. ¡Qué me dice usted, doña Isabelita!

D.ª ISAB. Lo que usted oye. El agua está llena de animalitos raros. Yo vi un día una gota de agua con microscopio y me entró un ataque de nervios que hasta tuvieron que darme la antiespasmódica.

D.ª ROB. ¿Pues?

D.ª ISAB. Aquello no era agua. Aquello era el profundo del mar lleno de monstruos marinos que querían tragarme. Desde aquel día no bebo agua como no sea pasada antes por la manga de colar el café.

D.ª ROB. Yo no sé qué adelantan los hombres con descubrir esas cosas. Mi pobre marido, que Dios tenga en la gloria, ya que a mí me tuvo siempre en el infierno...

D.ª ISAB. ¡Por Dios, doña Robus!

D.ª ROB. Nada, nada; que descanse en paz, que yo descanso también. Digo que mi marido también les tenía tal horror a esos microbios, que no quería ni tocar el dinero, porque

decía que cada moneda era una muchedumbre horrible de esos bichos, y tal asco le tomó al dichoso dinero, que en cierta ocasión hasta renunció al ascenso y a poco nos mata de hambre a toda la familia.

D.ª ISAB. Sí que fué un sacrificio higiénico. ¿Y dónde están sus hijas?

D.ª ROB. Luisa y Felicitas andan por esos cuartos revolviendo sus trapillos. ¡Cosas de la juvetud! Marcela ha salido con la muchacha a comprar una pastilla de jabón para el tocador. Porque mire usted, doña Isabelita: en esta casa podrá faltar el cocido, pero faltar no falta la limpieza.

D.ª ISAB. Así debe ser. (*Levantándose.*) Pues con su permiso, doña Robus, yo me bajo a mi entresuelito, porque luego volverá mi marido y he de prepararle el chocolate; es el único vicio que tiene. Yo le digo: «Hijo, el día en que te mueras he de mandar ponerte para panteón una enorme chocolatera de mármol sobre un pedestal, formado por un bloque de chocolate de a peseta con regalo.» (*Se echa a reír.*)

D.ª ROB. ¡Qué buen genio tiene siempre esta doña Isabelita!

ESCENA II

Dichas; Marcela y Criada, por el foro, como llegando de la calle. Marcela con sombrero decentito, pero no de moda, ni mucho menos.

Marc. ¡Ay, buenas tardes, doña Isabelita! Perdone usted. (*Corre al balcón y levanta con cautela una punta del visillo para mirar a la calle. Todo con mucha discreción.*)

D.ª Isab. ¿Qué pasa? (*Mirándola.*)

D.ª Rob. ¡Vaya! Algún enredillo. ¿Qué es eso? (*A la criada.*)

Criada (*Haciendo aspavientos.*) ¡Ay, María me valga! Un señorito muy guapo, con unos bigotes así, a lo *cazar* de Rusia...

D.ª Isab. A lo káiser, mujer.

Criada ¡Ay! Muy guapo y muy buen tipo, con unos bigotes así... pa arriba... y luego pa abajo... y luego retorcidos, que paecen propiamente como unas gafas asujetadas debajo de las narices.

D.ª Rob. (*Con el gesto característico.*) ¡Cosas de jóvenes!

D.ª Isab. Conque, ¿tan guapo?

Criada ¡Ay! Con unos bigotes...

D.ª Isab. ¡Dichosos bigotes y... microbios!... Pero, ¿es que no tiene otra cosa? Vaya, hasta

luego, doña Robus. Adiós, Marcela, y que *encaje*. (*Vase foro.*)

MARC. (*Sin mirarla.*) Adiós, doña Isabelita.

ESCENA III

DOÑA ROBUS, MARCELA Y CRIADA

CRIADA Ibamos por la calle de San Justo, y al salir de la perfumería, el señorito ese tan guapo le ha mirao mucho a la señorita y ha venío tras nosotras hasta que nos hemos metío en el portal, y se ha quedao enfrente lo mismo que una *estautua*.

MARC. (*Quitándose de la ventana.*) Mamá... ¡Es un chico más simpático!... Parece por el tipo un estudiante de ingeniero de Caminos de los del último año. (*Mirando como antes.*) Fijate cómo mira hacia aquí arriba.

D.ª ROB Sí, será algún pelagatos desocupado.

MARC. ¡Pelagatos!... ¡Y lleva un abrigo con vueltas de astrakán! ¡Y corbata de plastrón! Es un muchacho de muy buenas prendas.

D.ª ROB. (*Levantándose.*) ¡Ya le creo! ¡Un abrigo de astrakán!... Hija mía... poco os hacéis de valer. Tu padre para conquistarme tuvo que ponerse una levita de las de ribete de seda y un sombrero de copa de siete aguas, ni una menos. Y no le di el deseado sí

sino cuando fué caballero menor de la Orden de Carlos III. ¡Aquello era vestirse!... ¡Aquellos pantalones anchos color perla!... Y no hoy, que parecen dos fundas de paraguas.

MARC. ¡Por Dios, mamá! Aquellos eran otros tiempos. Yo no tengo la culpa de haber nacido más tarde que tú. Además, de ese joven de ahí abajo no te consiento que digas nada. Asómate y verás qué simpático.

CRIADA Sí, sí, asómese usted. Verá usted. Tiene unos... (*Hace el gesto de levantarse los bigotes.*)

D.ª ROB. (*Con displicencia.*) ¿Yo? No no. Si ve mi cara sale bufando y no vuelve más. (*Pausa.*) ¿De modo que ya tenemos plantón en la calle? ¡Bueno!

MARC. (*En medio de la escena, quitándose el sombrero.*) Y tú que debías alegrarte de ello... Sí, señora. Porque, ¿qué vas a hacer con tres hijas solteras que tienes? Ya sabes que cuando vamos contigo por la calle nos llaman el ocho mil ciento once; el ocho eres tú.

D.ª ROB. (*Enfadadísima.*) ¡Cómo el ocho! ¿Qué ocho? Has de saber que ni a gallardía, ni a esbeltez, ni a distinción tiene nada que envidiaros vuestra madre. ¡Vaya con el palillo de dientes cómo se pone porque tenemos frente a casa un nuevo vigilante! Pues yo te aseguro que como de aquí a media

hora lo encuentre ahí de pararrayos le echo encima las dos libras de crepé que os poneis cada hija bajo el moño. Ahí tienes; otra modita la del crepé... ¿Quién habrá visto esa porquería hasta estos tiempos calamitosos? ¡Qué horror tener que ver esas albóndigas de pelo mal atado quien alcanzó el glorioso tiempo de las pelucas!

MARC. Hija, cuando principias a predicar, es cosa de tomar postura cómoda; voy a desvestirme. Y entretanto, para que no se vaya la caza... (*Coge un maniquí que habrá en un rincón de la sala y lo coloca junto al visillo.*) Así. Y tú (*A la criada.*) no te asomes por ahí (*Por el balcón.*), no te vaya a confundir conmigo y acabe por enamorarse de ti. (*Vase primera derecha, después de colocar su sombrero en el vértice del maniquí.)*

ESCENA IV

DOÑA ROBUS y CRIADA

D.ª ROB. Traiga usted la cuenta de hoy.

CRIADA Voy, señora.

D.ª ROB. (*Enfadada.*) ¡Cómo señora! ¡Señorita! ¡Ni que fuera una aquí un trasto viejo!

CRIADA Voy señorita. (*Vase foro.*)

D.ª ROB. Así se habla. (*Doña Robus va hacia el balcón y levanta suavemente el visillo. (Mira fijamente un rato hacia la calle y luego vuélvese, se persigna y hace un gesto de súplica, como diciendo: «¡María Santísima! ¡Vaya un tipo!» (Todo ello muy cómico.)*

CRIADA (*Sale por el foro.*) Aquí está la cuenta.

D.ª ROB. (*Se sienta.*) Lea usted.

CRIADA Carne, cuatrocientos gramos; importe, veintitrés pesetas con quince céntimos.

D.ª ROB. ¡Cómo veintitrés pesetas!

CRIADA Es que como no la hemos pagado en un mes...

D.ª ROB. Pues ya le estás diciendo al carnicero que baje la puntería, o, de lo contrario, que se resigne a cobrar en el valle de Josafat por la tarde del día del Juicio.

CRIADA (*Lee.*) Tocino, un duro.

D.ª ROB. ¿Un duro o muy duro?

CRIADA Un duro.

D.ª ROB. ¡Ni que fuera tocino de cielo!

CRIADA No, señorita, es de guarro..., mejorando lo presente.

D.ª ROB. ¡Paciencia! Adelante.

CRIADA Ensalada, cinco céntimos.

D.ª ROB. ¿No trajo hace tres días?

CRIADA Sí, señorita; pero como la comemos tres veces al día...

D.ª ROB. ¿No le pidió usted al tendero un par de cebollas?

CRIADA Ya le pedí, y me echó a la calle.

D.ª ROB. ¡Qué poca educación!

CRIADA Y no hay más.

D.ª ROB. Bueno, vaya usted con Dios. (*Vase criada foro.*)

ESCENA V

DOÑA ROBUS y FELICITAS

FELICIT. (*Sale corriendo por la segunda derecha y abraza a doña Robus.)* ¡Ay, mamá, mamá, qué alegría! ¡Un chico me está rondando la calle! ¡Es más guapo!... ¡Tiene unos bigotes retorcidos!...

D.ª ROB. (¡Adiós mi dinero! ¡El de las mangas de astrakán!)

FELICIT. Parece un abogado de buena familia. De esos que están siempre armando pleitos y ganan mucho dinero.

D.ª ROB. ¿De modo que tú te casarías con un abogadillo de tres al cuarto?

FELICIT. ¡De tres al cuarto! ¡Y también partido por el medio! ¡Cualquiera desprecia un partido así! Hoy un abogado es una proporción envidiable. Porque mira, mamá, sirven para todo. En cuestión de abogacía, lo mismo defienden el no que el sí; es cuestión del

cliente que se anticipe. Y hacen bien; porque como todas las cosas tienen dos caras..., pues... todo depende del modo de mirar...

D.ª ROB. Es verdad; todo tiene dos caras, los abogados también: por una parecen el hambre y por otra las ganas de comer.

FELICIT. ¡Ay, mamá, por Dios! A ti cuando un hombre no te hace tilín...

D.ª ROB. Pero vamos a ver: ¿tú en qué has conocido que ese ganapán te ronda?

FELICIT. Pues... en que... miraba mucho hacia aquí arriba, en que se tocaba una cosa por aquí... *(Por el pecho.)*

D.ª ROB. Eso es que iría a sacar algo del bolsillo interior de la americana.

FELICIT. (*Con dolor.*) No, mamá; el corazón no se puede sacar del bolsillo interior de la americana. De ahí no se saca más que la cartera y los recibos al portador.

D.ª ROB. Hija mía, no hables de recibos. Ya sabes que ese dichoso del inquilinato, que no han vuelto a traerlo, cada vez que me lo traen me hacen acordarme del vitriolo.

FELICIT. (*Fijándose en el maniquí.*) ¿Qué hace ahí ese espantajo? Ya se ha fijado Marcela en el rondador, ¿verdad? (*Quitando el maniquí.*) ¡Jesús, qué suerte tiene una! Rondador que aparece nos lo tenemos que repartir en tres pedazos.

D.ª ROB. Entonces dadle a Marcela el abrigo con vueltas de astraká, porque no se ha enamorado de otra cosa.

ESCENA VI

DICHAS y LUISA, por segunda derecha.

LUISA (*Corriendo.*) ¡Mamita! ¡Estoy loca, loca! Tú, Felicitas, no te enfades. Ha estado ahí abajo un chico rondándome.

FELICIT. | D.ª ROB. | ¿Eh?

LUISA ¡Es más simpático! Parece por el tipo un oficial primero. Tiene un bigote...

D.ª ROB. (*En medio de la escena con los brazos en alto.*) ¡Adiós! ¡¡El triunfo del astrakán!! Ahí os quedáis. No tengo ganas de oír necedades. *(Dirigiéndose a la primera derecha.)*

LUISA (*Suplicante.*) ¡Si parece un oficial primero!...

D.ª ROB. ¿Y no parece, por el tipo, que tiene también la laureada de San Fernando?

LUISA No sé.

D.ª ROB. Pues que no venga por aquí hasta que lo crucifiquen. *(Vase primera derecha.)*

ESCENA VII

FELICITAS y LUISA

FELICIT. Mira, Luisita, te voy a dar un consejo.

LUISA ¿Que me case cuanto antes?

FELICIT. ¡Ca! Advertirte que ese joven no se peina para ti, y, por tanto, que renuncies a tus ilusiones.

LUISA (*Con ironía.*) ¡Claro! ¡Como que ya se te ha declarado a ti!

FELICIT. ¡Y es verdad!

LUISA A ver, pruebas.

FELICIT. ¿Pruebas? Me ha hablado.

LUISA Por telegrafía sin hilos.

FELICIT. ¡Claro! ¡Con los ojos!

LUISA ¡Sí, un *pupilograma!* Te han engañado los ojos.

FELICIT. Los tuyos sí que te engañan, que apenas te mira un mocosuelo ya lo estás encandilando.

LUISA Pues tú, que te los pintas con hollín...

FELICIT. Miren la que habla... que para que le salgan ojeras se pasa la noche sobre una silla sin dormir.

LUISA Todo eso es envidia.

FELICIT. ¿Envidia de ti?

LUISA Sí, señora, porque me pasas seis años.

FELICIT. Mentira; no son más que cinco y medio.

LUISA Bueno; pero siempre que te preguntan te quitas cuatro.
FELICIT. ¡Yo sí que te voy a quitar el moño!
LUISA ¡Límpiate!
FELICIT. ¡Que te calles!
LUISA ¡No quiero!

ESCENA VIII

DICHAS y MARCELA

MARC. *(Por primera derecha.)* Pero, ¿qué pasa?
LUISA Ven aquí, Marcela. *(Llevándosela a un lado.)*
FELICIT. No quieras; ven aquí. *(La lleva al otro.)*
MARC. ¿Qué sucede?
LUISA Que un muchacho que ronda abajo me lo quiere arrebatar ésta.
FELICIT. Ella a mí.
MARC. ¡Pero si es mi novio!
LUISA ¿Eh?
FELICIT. ¿Cómo?
MARC. ¡Si es a mí a quien me ronda!
LUISA ¿Pero no es tu novio nuestro primo Pepe?
MARC. Os lo regalo. Repartíoslo sin reñir.
LUISA Prescindamos de tonterías. Ese oficial...
FELICIT. ¡Cómo! ¡Si es abogado!
MARC. ¿Abogado? ¡Si es ingeniero de Caminos!
LUISA Bueno; esa enciclopedia con puños de as-

trakán tanto te pertenece a ti *(A Marcela.)* y a ti *(A Felicitas.)* como a mí.

MARC. Os engañáis, porque ha venido siguiendo mis pasos como un perro faldero.

FELICIT. ¡Miren la desgraciada! Y ayer, cuando aún no lo conocías tú, estuvo más de un cuarto de hora frente a los balcones y tomó el número de la casa y habló con la portera.

MARC. ¿Con la portera? ¡Y no me lo habéis dicho! ¡Qué felicidad! Voy a... *(Dirigiéndose al foro.)*

FELICIT. *(Interrumpiéndola.)* No, no corras, Marcela. *(Esta se detiene.)* Y no seas infeliz. Ya fuimos nosotras ayer y nos sabemos de memoria todo lo que le preguntó.

LUISA
FELICIT. *(A la vez, sílaba por sílaba.)* «¿Quién vive en el tercero?» «Una señora viuda.» «¿Cómo se llama la señora?» «Doña Robus.» «¿Cuántas hijas tiene?» «Tantas como las de Elena.»

MARC. Bueno, basta. ¿Queréis ganarme la partida? Pues no. Ahora mismo me pondré el traje marrón que os da tanta envidia.

LUISA *(Riéndose a carcajadas.)* ¡Si le solté esta mañana todas las costuras para que no puedas ponértelo!

MARC. *(Enfadada.)* ¿Ah, sí? Pues yo haré un plumero para limpiar el polvo con las plumas de tu sombrero nuevo. Y he de colgar del

balcón de tu gabinete *(A Felicitas.)* una fila de medias tuyas para que vea todo el vecindario que ninguna, ninguna, ¿lo oyes?, tiene el talón sano.

FELICIT. ¡Anda! ¡Pues si yo pongo las tuyas van a ver que no tienen el talón sano ni lo otro! Porque cuándo te las pones parece que llevas sandalias.

MARC. *(Distraída.)* ¡Qué desgracia! No ha de poder tener una una cosa exclusivamente propia. Me compro un abrigo... ya se sabe: lo hemos de llevar por turno; la que primero se levanta de la cama se pone lo mejor, y las demás haciéndose las enfermas por no poder levantarse. Me regalan un abanico, lo hemos de usufructuar por horas. Me ronda un muchacho, a dividirlo, como si fuera un pedazo de salchichón. ¡Jesús, qué gente! Ya estoy viendo que a este paso vais a ser vosotras quien os vais a declarar al joven de la acera.

LUISA Ahora está de moda.

MARC. Para vosotras es el figurín de todas las temporadas. Por lo demás, pronto hemos de salir de la incertidumbre. Hace un momento estaba ese joven con una carta en la mano.

FELICIT. Lo he visto.

LUISA Y yo.

MARC. De nuestro nombre ha podido enterarse

perfectamente por la portera, que está deseando casarnos a las tres de una vez para que los paseantes no le ensucien la acera. Así que, por lo que sospecho, de esta tarde no ha de pasar; conque ya os podéis marchar a rezar a Santa Rita.

FELICIT. Y vosotras a San Antonio. (*Vase primera derecha.*)

LUISA Y vosotras a *san calabacín.* (*Vase segunda derecha.)*

ESCENA IX

MARCELA; luego TÍA RAMONA

MARC. ¡Qué criaturas más imposibles! (*Llaman y va al foro Marcela para volver en seguida con tía Ramona.*) ¡Buenas tardes, tía Ramona! Tanto tiempo...

TÍA RAM. ¡Hola, Marcela! ¿Qué tal estás? ¿Y tú madre y hermanas?

MARC. Por ahí dentro. Estamos todas bien. Siéntese, tía. La verdad es que casi desconocíamos a usted. Cerca de medio año hará que se marchó usted de Madrid, ¿no?

TÍA RAM. (*Sentada.*) ¿Medio año? Creo que sí. Perdonad que no os haya escrito, pero...

MARC. Sí, sí; usted tiene bastante con administrar sus rentas.

TÍA RAM. Vaya, no seas maliciosa... Bueno. ¿De modo que no te ocurre preguntar más que por mí?

MARC. *(Haciéndose la distraída.)* No sé por quién... *(Rápidamente.)* Voy a llamar a mamá.

TÍA RAM. No, no la llames aún. *(Marcela se detiene.)* Quiero precisamente hablar contigo.

MARC. ¿Conmigo? Bien. *(Se sienta junto a su tía.)*

TÍA RAM. Dime, Marcela: ¿tú no estás cansada de ser soltera?

MARC. Me va muy bien, tía. Además, yo no tengo nada de vieja.

TÍA RAM. ¡No! ¡Ni yo tampoco! ¿Quién habla de vejeces? *(Todo con ironía.)* Tú eres aún una chiquilla que debía ir de corto, con trenza y lazos.

MARC. Pues claro.

TÍA RAM. ¡Clarísimo! Y a la media hora te llevaba un *poli* al manicomio.

MARC. No sé por qué. Además, eso de los años es muy relativo. Supongamos que con la cara que yo tengo resultara que mi edad era... voy a echar mucho: veintiocho o treinta años...

TÍA RAM. (¡Tiene treinta y dos!)

MARC. ¿Qué me importaría a mí? Los años están en la cara; porque, ¿qué son años? ¿Qué es el tiempo? Nada. Las huellas que las cosas de la vida dejan en el rostro.

TÍA RAM. (¡Pero qué filosofías discurren en la corte para hacerle creer a una que treinta y dos son veinticuatro!)

MARC. ¡Pues entonces!... Mientras haya crema Simón, untura Peele, pomada Gal, pasta Pompadour, *maquet* Ninón de Lenclos, polvos Flores del Campo, jabón Heno de Pravia y depilatorios de la *rue Crochette*...

TÍA RAM. (*Interrumpiéndola con guasa.*) Pues hija mía... Dime dónde venden untura *pelele*, pintura de *Corchetes* y pasta *pimpampum*, porque yo también quiero volver a mis veinte abriles.

MARC. ¡Ay tía!... Usted lleva ya un letrero en la cara, que dice: «Asegurada de incendios.»

TÍA RAM. Y tú otro que dice: «Se alquila este local.» (*Suelta una carcajada.*) Bueno; dejémonos de bromas. Tú estarás deseando casarte ¿no?.

MARC. Según con quién.

TÍA RAM. (*Satisfecha.*) ¡Alégrate chiquilla! ¡Con tu primo Pepe!

MARC. (*Se levanta.*) ¿Yo con ese antipático?...

TÍA RAM. (*Estupefacta.*) ¿Cómo? ¿Qué dices? Te advierto que... ese antipático tiene...

MARC. Me lo figuro. Tiene... todo lo que tiene usted. Pues que se lo guarde, porque yo tengo ya un novio muy elegante y no quiero a ningún asno cargado de reliquias. (*Vase al*

cristal.) (¡Se ha marchado!) *Vuelve junto a tía Ramona.*)

TÍA RAM. Hija: no te entiendo. ¡Yo que pensaba que de alegría te ibas a tirar por el suelo!... Bien; se lo ofreceré a tu hermana Felicitas.

MARC. Eso me parece bien. Felicitas, que se enamora hasta de los muñecos de cera que ponen en las sastrerías, se volverá loca.

TÍA RAM. ¿De modo que tu tienes novio?...

MARC. Sí, por cierto. Bueno; para serle franca, tía...: novio... no es aún, porque lo he conocido hoy y no me ha hablado todavía una palabra. Pero cuando me veía se tocaba así el corazón, como diciendo...

TÍA RAM. (*Riéndose.*) Como diciendo: «Me hace ¡betún!, ¡betún!, ¡betún!»

MARC. (*Desconsolada.*) ¡Uy, betún! En todo caso diría crema. ¡Betún! Un joven tan elegante, cuya chaqueta lleva las solapas de raso... ¿Pues qué creía usted?...

TÍA RAM. Nada, nada. Veo que te has enamorado de un figurín inglés ¡del siglo diez y ocho! En vista de tu denegación, hablaré a Felicitas.

MARC. Precisamente ahí viene.

ESCENA X

DICHAS y FELICITAS, por primera derecha.

FELICIT. ¡Oh! ¡La tía Ramona! ¡Qué sorpresa!

TÍA RAM. Ven aquí, ven, que vamos a hacer rabiar a tu hermana Marcela.

FELICIT. Pero, ¿sabe mamá...?

TÍA RAM. Luego la veré. Acércate. ¿Tú tienes novio?

FELICIT. (*Mira recelosa a Marcela.*) No sé, tía; porque como ésta ha monopolizado a todos los muchachos que cruzan la acera de la calle, pues... tendrá usted que preguntárselo a ella.

MARC. No, no tiene.

FELICIT. (*Con resignación.*) Ya lo sabe usted. (*Con rabia.*) Tengo lo mismo que tú: hoy lo hemos de saber.

TÍA RAM. ¡Alégrate, chiquilla! Tú... para tu primo Pepe.

FELICIT. (*Con indiferencia.*) ¿Pepe? Ese que se lo guarde Marcela en alcohol.

MARC. Te lo guardas tú.

FELICIT. Yo no. A mí me basta con el joven que me pasea la calle.

TÍA RAM. Pues, señor... Por lo visto habrá que echar una red para pescar ese prodigio.

MARC. (*Con ironía.*) Es que ésta es muy mona.

FELICIT. La mona eres tú.
MARC. (*A gritos.*) ¡Felicitas!
FELICIT. (*Idem.*) ¡Qué! ¡Qué!

ESCENA XI

DICHAS y LUISA, por segunda derecha.

LUISA ¡La juerga diaria! (*Viendo a su tía.*) ¡Tía Ramona!
TÍA RAM. Oye, Luisa... ¿Qué te parece tu primo Pepe?
LUISA ¡Pche! ¡Eso! Un Pepe muy pepino.
TÍA RAM. ¿Y para casarte con él, chiquilla? (*Con ansiedad.*)
LUISA ¿Conmigo? ¡Que lo guarden esas en conserva! A mí me basta con el muchacho de ahí abajo.
TÍA RAM. Pero si Pepe tiene mucho dinero...
LUISA Ea, no lo quiero. Además, no me gustan dos parentescos. ¿Primo y marido? ¡Eso sería un marido-primo! Para éstas.
MARC. Para ti.
LUISA (*A Marcela.*) Lo metes en un guardapelo. Y a ti (*A Felicitas*), si no te gusta, lo echas en la carbonera para que madure.
FELICIT. Eres una...
LUISA Claro que soy una. Nadie es dos.
FELICIT. ¡Fea!

MARC. ¡Antipática!
LUISA ¡Lombriz!
FELICIT. (*A Marcela.*) ¡Y tú tienes la culpa de todo ¡vieja!
MARC. ¡Abuela!
FELICIT. ¡Grotesca!
LUISA ¡Estúpida!
(*Armase una argarabía infernal.*)

ESCENA XII

DICHOS Y DOÑA ROBUS

D.ª ROB. (*Por la primera derecha, gritando.*) ¡Pero qué niñas, qué vocabulario! (*Fijándose en tía Ramona.*) ¡Ramona! ¡Qué sorpresa!
TÍA RAM. He llegado hace un momento. Pero la sorpresa me la están produciendo tus hijas. Es admirable.
D.ª ROB. Ramona: yo ya estoy acostumbrada a soportar peloteras de esta clase una hora sí y otra también. ¡Cuestión de trapos!
TÍA RAM. ¡Ca! ¡Trapos!... Un rondador que se lo están disputando como leonas. Y aquí de Salomón con su talento. Yo he venido a ofrecerles mi sobrino Pepe, que está deseando casarse con una prima...
D.ª ROB. ¡Pues claro! Un muchacho con muchas co-

sas en la cabeza. (¡Como que tiene un talento!...)

TÍA RAM. Nada, nada. No lo quieren ni con dinero.

D.ª ROB. ¿No? ¿Que no lo quieren? (*En tono trágico.*) ¡Pues mi venganza será terrible! Apenas ese muchacho del bigote aparezca rondando la acera, salgo al balcón y principio a bailar un garrotín. ¡Y yo os aseguro que no vuelve más!

MARC. (*Echándose a llorar.*) ¡Es horrible!

FELICIT. (*Idem.*) ¡Qué desgracia!

LUISA (*Idem.*) ¡Un garrotín fúnebre!

(*Llaman. Sale la muchacha de segunda derecha y se dirige al foro volviendo con doña Isabelita.*)

ESCENA ÚLTIMA

TODOS

D.ª ISAB. ¿Quién se ha muerto? ¿Qué pasa? ¡Doña Ramona! ¡Qué novedad! Pero, ¿qué desgracia sucede?

TÍA RAM. Que no quieren casarse.

LAS TRES ¡Queremos!

TÍA RAM. Rifáos a vuestro primo Pepe.

LAS TRES ¡No queremos!

D.ª ROB. ¿Lo ve usted, doña Isabelita? ¿Usted no cree que esto es para salir en *Los Sucesos?*

D.ª ISAB. ¿Con quién quieren casarse entonces?

D.ª ROB. Con ese pordiosero que ha aparecido hoy.

D.ª ISAB. A propósito... Como yo vivo en el entresuelo, he podido enterarme. Mientras yo subía estaba ese joven dándole a la portera una carta dirigida a usted, doña Robus.

MARC. ¡Mi petición de mano!

FELICIT. ¡La mía!

LUISA ¡La mía!

TÍA RAM. ¡Son demasiadas manos!

D.ª ISAB. Yo creo que no pueden tardar en subir la carta. (*Llaman; un grito general.*)

MARC. Aquí está.

(*La muchacha se dirige hacia el foro.*)

FELICIT. Corre, mujer.

LUISA ¡Qué momento de emoción!

(*Pausa. Todos miran hacia la puerta.*)

MARC. No me llega la camisa al cuerpo.

LUISA ¿Pero quién se acuerda de que lleva camisa?

(*Sale la criada con un sobre en la mano y tapándose la cara para no soltar la risa. Da la carta a doña Robus.*)

D.ª ROB. Salgamos de la incertidumbre. (*Rompe el sobre.*)

MARC. ¡Mi mano!

FELICIT. ¡La mía!

LUISA ¡La mía!

D.ª ROB. (*Saca un papel en forma de recibo.*) ¿Eh? (*Lee.*) Impuesto de inquilinato, veintiséis pesetas.

TODOS (*Un susto*) ¡¡Eh!!

CRIADA (*A carcajadas.*) ¡Si el del bigote era el cobrador del impuesto que miraba pa arriba sin atreverse a subir!

(*Desmayos, gritos, soponcios. Cuadro. Quede todo esto a juicio del director de escena.*)

MARC. (*Va hacia el balcón.*) ¡Sinvergüenza! ¡Sinvergüenza!

FELICIT. (*Idem.*) ¡Antipático!

LUISA (*Idem.*) ¡Percebete! (*A tía Ramona.*) Tía: yo me caso con Pepe.

FELICIT. Me caso yo.

MARC. ¡Si es mi novio!

LUISA ¡Entonces, tú eres la novia universal!

MARC. ¡Sosita!

LUISA ¡Graciosa!

MARC. ¡Pinguito!

LUISA ¡Cursilita!

D.ª ROB. ¿Otra juerga?

LUISA ¡Pido que lo rifen entre las tres, o que nos lo repartan lo más equitativamente!

D.ª ISAB. Lo mejor será que se case con la más vieja.

MARC. (*Rápidamente.*) ¡Vieja será usted!

D.ª ISAB. ¿Yo? Bueno; pues... con la menos joven.

LUISA ¡Vaya usted al limbo!

TÍA RAM. Sí; se casará con Marcela. Y si enviuda... con Felicitas. Y si enviuda... con Luisa.

LUISA ¡Pues ya hay para rato! ¡Buenas son éstas!

Son capaces de no morirse para que no me case nunca.

D.ª ROB. Vaya... ¿estáis satisfechas del rondador? Pero, ¿qué podrá esperarse de un joven de astrakán?

LUISA Pues... eso: ¡una *astrakanada!*

TÍA RAM. Y qué, ¿no pagas el recibo, Robus?

D.ª ROB. (*Aterrada.*) ¡El recibo! No me encargó otra cosa el pobre Venancio en su lecho de agonía: «Como pagues el inquilinato... ¡resucito!» ¡Conque cualquiera lo paga!

(*Al público*):
Y el sainete ha terminado.
Si no aplaudís, y a lo vivo,
os aseguro, señoras,
que les endoso el recibo.
(*Telón rápido.*)

FIN DEL JUGUETE

TEATRO MORAL

COLECCIÓN DE OBRAS ESCÉNICAS PROPIAS PARA COLEGIOS, SEMINARIOS, CÍRCULOS Y PATRONATOS DE OBREROS, ETC., ETC.

Segunda sección.—Obras para niñas o jóvenes

A freir espárragos!—Juguete cómico en un acto y en prosa, por G. Iurrekua.

Antipáticas del segundo (Las).—Juguete muy gracioso en un acto y en prosa, por Antonio J. Onieva.

Bazar de muñecas.—Juguete cómico en un acto y en verso, por Samuel Ruiz Pelayo.

Cabecita a pájaros.—Juguete cómico dramático en un acto y en prosa, por José Zahonero.

Carta a la Virgen.—Comedia en un acto y en verso, por José Alamo Naranjo.

¡Demonio de la bruja! (El).—Comedia en un acto y en prosa, por Antonio J. Onieva.

Doña Juana la... loca.—Juguete cómico en un acto y en prosa, por Samuel Ruiz Pelayo.

Fabiola.—Drama en tres actos y en prosa, por J. Bellafont Rosé.

¡Fuera bambolla!—Comedia en un acto y en prosa, original de Francisca García Estrada.

Hija del mar (La).—Comedia en un acto y en prosa (obra premiada en el primer concurso abierto por esta «Galería»), por Samuel Ruiz Pelayo.

Huerfanitas (Las).—Comedia en un acto y en verso, por Hilario Magro Molina.

Mala sombra (La).—Juguete cómico andaluz, por Manuel A. Alonso.

Medalla de la Virgen (La).—Drama en un acto y en verso, por el R. P. Bonifacio Sáinz, de las Escuelas Pías.

Medio tonta (La).—Comedia en un acto y en prosa, por Francisca García Estrada.

¡Mi muñeca!—Juguete dramático en un acto y en verso, por el R. P. Bonifacio Sáinz.

Modista modelo (La).—Juguete cómico en un acto en prosa y verso, por José Alamo Naranjo.

Palacio encantado (El).—Juguete cómico en un acto y en verso, por Manuel A. Alonso.

Películas al natural.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros, por Manuel A. Alonso.

Primer baile (El).—Drama en un acto y en verso, por el R. P. Bonifacio Sáinz.

¡Que los tenga muy felices!—Juguete en un acto en prosa y verso, por el R. P. Bonifacio Sáinz.

Santa Cecilia.—Drama en tres actos y en prosa, por Fabio.

Se necesita criada.—Juguete cómico en un acto y en verso, por José Alamo Naranjo.

Tres eran tres...—Juguete cómico en un acto y en prosa, por Tomás Fernández Martí.

Velada improvisada.—Apropósito en un acto y en prosa, por G. Iurrekua.

Voz del cielo.—Drama en un acto y en prosa, por Francisco García Estrada.

Precio de cada ejemplar: ***UNA peseta***

FABIOLA Y SANTA CECILIA, 2 pesetas